sonriente, con los entreabiertos labios que daban paso al cálido aliento que llegaba hasta él, esperando tranquila con el bulto de ropa bajo el brazo, el chico vaciló, comprendiendo cuán grande era el sacrificio que se imponía. Perplejo, desmenuzaba la colilla humeante entre sus dedos.

—Vaya, que no esperaba verle hoy...

—¡Ingrata! Como que por la mañana no saliste á la azotea...

—¿Me tuteas? Mira que tantas confiancitas...

—¿No te gusta, Antoñita? Es natural que los que se quieren...

Ella bajó el rostro. Linares, al notar que la mirada de los claros ojos, dulce, insinuante, no se posaba ya sobre él, concluyó con el más persuasivo acento que podía encontrar, dada su tristeza:

—¿Luego no me quieres?

No respondió la muchacha al instante. Pasado un rato, hubo de murmurar:

—¿Para qué me lo preguntas, si lo sabes mejor que yo?...

Un susurro de hojas agitó el ambiente. A través del escueto ramaje, la fuente continuaba su plácido murmullo. Los grillos, en sus escondites de césped, no cesaban de repetir su parloteo. Y los dos, en aquel rincón de Naturaleza saturado de aire puro, sintieron que sus almas se acercaban, arrobadas por el mutuo estrechamiento. Cogidos de las manos, dirigiéronse al tosco banco sombreado por los arbustos. ¡Qué bien se estaba allí! Antoñita lo afirmaba con el pensamiento más que con los labios, y decía para sus adentros:

—Solitos, solitos...

Después, con fingida seriedad, retiró sus manos de las de Linares, sin hacer caso de las mudas protestas de éste.

—Estese usted quieto, señor mío...

—Antoñita...

—¡Nada de réplicas! Inmóviles esas manos, porque si no...

Y mostraba la calleja obscura, que se perdía allá, en

los montones de escombros. El muchacho hubo de resignarse. Privóse del placer que le prodigaban las manecitas amadas, y poniendo de nuevo el cuello del saco en su sitio, tornó á su mutismo.

—Antoñita, ¡tenía tantos deseos de verte!

—Oye; si no me viste por la mañana, no fué culpa mía. Doña Manuela, que se perece por los chismes, nos espiaba, y...

—Pero en cambio, recompensado estoy con creces... Aquí te tengo á mi lado, junto á mí, sola; puedo hablarte, puedo oirte. ¡Ah! mi niña, tú bien sabes que soy tímido, corto de lengua, como algunos dicen. Y es que no sé qué me impide expansionarme con los extraños, darles mi corazón, como lo doy á las gentes que quiero.

La rubita escuchábale sin parpadear casi, con gesto afectuoso. Su cara, suavemente velada por jirones de sombra, aparecía más dulce, contrastando con la cabellera sobre la cual retozaban rayos de luz.

—Háblame así, así... No me explico por qué cuando te oigo, tengo más confianza en ti que cuando te miro.

—¿Confías en mí?

—Confiar... no tanto. Dicen que los hombres son muy malos. Yo no lo sé, no lo sé, porque tú eres el primero...

—¡Quién sabe!...—interrumpió el mancebo con aire de duda.

—El primerito, te lo juro...

¡El primerito! Ya podía mentir la picaronaza, para que Cristo se lo creyera. Si era el primero y tanto le quería, ¿á qué tales remilgos y abstinencias? Hasta aquella noche le concedió la gracia de charlar con ella. ¿Por qué antes no? A ver, que lo dijera.

—Yo no tenía seguridad en ti, Eugenio; yo no estaba cierta de tu cariño. Eras la primera ilusión de mi vida y no quería desvanecerla... Además, son tantos los dimes y diretes que corren en casa, que tuve miedo de que nuestras relaciones anduviesen de boca en boca... Luego, Lena... Y Alberto...

—Pero, niña, pensaste que nuestro amor no pasaría de la azotea y del patio, lo cual es un error.

Intentó mirar de frente á Linares, y dijo con acento de amigable franqueza:

—Dices bien. Pero no fué porque no me simpatizaras. Temía que, en tratándome, no me quisieras como al principio. Tú has estudiado, has visto mucho, mientras que yo soy una tonta, Eugenio, que no sabe más que coser y coser y coser...

¡Bendita muchacha! ¿Para qué deseaba saber más si lo sabía todo? Conocía á maravilla la ciencia de la ternura, la única que no es tenebrosa ni cruel. Así la quería, hacendosita, nada sabihonda; amable, que no instruida. Y Linares daba paso al borbotón de frases que se le escapaban del alma, destorrentadas, cálidas, elocuentes, con la elocuencia tosca de lo que se siente más bien que se piensa. Pero á la mitad de su perorata, cuando se oían las campanadas de las ocho, calló de súbito, huraño el rostro, abandonadas las manos sobre el descolorido pantalón, en actitud de rebelde tristeza.

Antoñita se puso en pie de un salto. ¡Las ocho, Dios santo! ¡Y Mad. Bernard que estaría impaciente!

Ya iba á partir. Mas sorprendida del silencio de Eugenio, inclinóse.

—¿Qué tienes?

Linares la contempló largamente. ¡Qué loco había sido! Pensar en la dicha, pensar en el amor, pensar en ella, cuando la vida le reclamaba en otra parte...

—¿Qué tienes? Respóndeme...

De pronto experimentó cobarde temor. Desbaratar los castillos que la chica se forjara en el entusiasmo de la primera entrevista; lanzarla de la altura en que soñó morar; confesárselo todo, sus amarguras, sus desengaños, sus esfuerzos inútiles, considerábalo como una crueldad.

—Nada, nada... No sé... Niñerías...

—No, Eugenio; á ti te sucede algo que te niegas á decirme—repuso sentándose—. Cuéntamelo todo...Reflexiona en que si lo ocultas, yo no podré estar tranquila; me moriría de pena.

Tornó á coger las manos suaves, y como reconfortado por aquel contacto, procedió á hablar, con voz insegura, que hacía contraste con su jovial tono de antes.

—Yo te he engañado, Antoñita... No puedo hacerte feliz. De buena gana lo ambiciono, créeme; pero los pobretes como yo...

Ella le observaba fijamente. Sus manos estaban yertas. Leve temblor la sacudía. La brisa, imprimiendo su halago impalpable en los ramajes secos, envolvía la Alameda en un rumor triste. Tras de los setos, oculta por los rosales, la fuente proseguía en su murmullo, que llegaba hasta ellos como un canto lejano.

Antoñita replicó:

—La pobreza... ¿Qué nos importa? Pobres somos, pobres nos hemos de quedar...

—No, no te ilusiones. El bienestar lo trae consigo el trabajo. Y cuando éste falta aquí, yo necesito, yo me veo obligado á buscarlo en otra parte.

La moza estrechó más entre las suyas las manos de Linares, como si temiese una separación instantánea.

—¡Cómo! ¿Te vas?

El afirmó, taciturno. Después, con el semblante contraído por sorda rabia de impotencia, repitióle la eterna historia, la historia referida día á día al poeta en el cafetín. Y mientras hablaba fijábanse sus ojos en los zapatos rotos, en el raído traje, en sus prendas deslucidas de bohemio, que mal intentaban disimular su estrechez, no obstante el empeño de amante que en ello ponía.

—Ya ves—murmuró al último—; mis trazas no son las de un príncipe, ni mucho menos... El dinero se agota. Llegará día en que para tener pan, me vea obligado á ciertas labores...

Pensaba con horror en un porvenir tan negro é incierto. Criado con relativa holgura, considerábase impotente para arrastrar su existencia en los oficios bajos. ¿Decía ella que hasta los mendigos eran felices? Sí; claro. El vejete que limosnea, siempre topa con caritativa mano. La miseria del pobre, del hombre del pueblo, considerábala menos triste que la dorada incuria. Este podía buscar el pan en los basureros de la calle, en los andamios, en las herrerías, ensordecido por el golpeteo

de los martillos. El pertenecía al número de los impotentes, de los *inhabituados* á tareas de ese jaez. No nacieron sus manos para manejar la escoba ni la barreta: estaban condenadas á los trabajos cultos, propios de su temperamento y de su casta. Hablaba con febril violencia, con amargura punzante, y cuando inclinó el rostro lívido y flacucho, sintió que dos brazos delgados, de tersura de raso, le estrechaban.

—Antoñita...—musitó con voz temblorosa.

—Eugenio...—respondió la chica con los ojos arrasados de lágrimas.

Y permanecieron en silencio, estrechándose, como si apurasen con fruición las delicias de aquel abandono precursor de la ausencia. El buscó sus labios; ella le rechazó débilmente, como si en el beso adivinara el amargor del lúpulo. Con el cuerpecito yerto de frío, la cara pálida, mojados los párpados, reclinábase en el hombro de Linares. Todavía quedaron un momento unidos. En las calles disminuía el ruido: los últimos coches de brillantes cajas y los simones crujientes de vejez y de polilla, deslizábanse perezosos. Siluetas de retrasados transeuntes veíanse pasar rápidas á través del apretado maridaje de troncos. Y en lo alto, en el cielo turbio, cuajado de nubarrones, un cacho de luna, amarillento, dejábase ver á intervalos.

—Vámonos...

—Tan pronto, Antoñita... ¡Tan pronto!

Se levantaron. Sentían un escozor angustioso, y mirábanse con ojos nublados.

—Adiós. La marcha no será hoy, ni mañana tampoco. Todavía podré mirarte desde el patio...

No continuó, porque la joven le había vuelto ya la espalda, escondido el rostro entre los pliegues del chal. Alelado, con el sombrero en la mano, la vió ir, sin detenerla. Alejábase con andar lento, cual si llorase. Con el bulto debajo del brazo, avanzaba cada vez más. Ya se fundía en la sombra... Se paraba... No, seguía... Y cuando la perdió de vista hubo de dar algunos pasos hasta sentarse de nuevo en el banco. Apoyados los codos en las rodillas, sin gemir, atontado, estúpido, clavaba

los ojos en la arena, que aun conservaba las huellas de los pies adorables. No se dió cuenta del tiempo que transcurriera mientras él se abismaba en sus cavilaciones. La sensación de dolor intenso desvanecióse gradualmente, hasta transformarse en un estado de inconsciencia, de sopor. El viento frío que se filtraba por entre las ramas, arreciando á veces hasta levantar oleadas de finísimo polvo, no le hacía apartarse de allí. Pensó mucho en su novia. Al cabo del fárrago de sus ideas, hallábase el pensamiento ideal: la rubita de soñadores ojos.

Escuchó el sonar acompasado de un reloj.

Una, dos, tres, cuatro... ¡Las once! Se puso en pie, desperezando los ateridos miembros; tomó por uno de los paseos; atravesó la calle...

Cuando entró en el patio, después de haber propinado sendos manazos á la puerta, á fin de que la poltrona de la portera se decidiese á abrirle, encaminóse á su cuarto. Todo permanecía en silencio. Por las rendijas de la ventana de la Ruiz, filtrábanse estrías de luz; á través de los cristales de la casa del empleadillo de Fomento, Linares observó que alguien levantaba el visillo con disimulo, y en la sombra que vislumbrara creyó descubrir la cara ojerosa de Eloísa Gómez. Acordóse de los amores testarudos de la jamona, de los celos de su hermana. ¡Qué lejanos, qué lejanos estaban aquellos tiempos! Junto á los tiestos de aromosas flores, escuchó el gotear del agua sobre las mojadas paredes de la fuente, y en su cerebro surgió vaga la visión de los despeinados rizos que se reflejaban en el cristal, asaeteado por rayos de luna. Miró á la azotea. Reinaba allá la obscuridad. Antoñita estaría despierta en la negrura de su recámara coquetona, en aquel cuartito que tenía algo de su olor y de su gracia. De pronto, furiosos mayidos rasgaban el mutismo que envolvía la vivienda, y la silueta de un gato, alumbrada de súbito por indecisa luz lunar, destacábase de la sombra.

Ya dentro de su habitación, luego de haber encendido la vela que, sostenida por panzuda botella, se erguía en la mesa, tendióse cuan largo era en la cama. Con los párpados entreabiertos, soñoliento y cansado,

dejó errar los ojos por la pobre mansión que antaño cobijara su vida alegre de estudiante: era un cuartucho estrecho, de irregular forma, alto de techo, de paredes enjalbegadas y carcomida puerta. En el rincón, dormía el centenario baúl, legado de sus abuelos, de claveteada tapa, cuyos goznes no chirriaban desde el día de la llegada. ¿Para qué abrirlo, si nada habría de guardar? En el lado opuesto, arrimada al muro, una mesita de madera blanca ostentaba sobre la cubierta llena de manchas de tinta tres libracos descuadernados, montones de periódicos de atrasada fecha, un pomito de tinta, portaplumas negruzcos, y esparcidas las cuartillas que piadosas recibieran la súbita inspiración de Arsenio Urízar. Clavado en el muro veíase un fotograbado, obsequio del poeta: era una mujer desnuda, de suaves líneas, de caderas amplias, que, sedienta de amor, lujuriosa, revolcábase sobre la deshecha cama abandonada por el amante. Pendiente de una percha lucía la única prenda no usada por él: un chaleco blanco de verano. Junto al lecho, el cojo buró no iba en zaga, tocante á lujo, á los restantes muebles. Y escuchaba, allí, bajo su extenuado cuerpo, el crujir de aquel armatoste que le sostenía durante el sueño, y al cual, en el negro pesimismo que le hostigaba, no sabía qué nombre dar. Vagando por el campo de las comparaciones, encontraba cierta analogía entre el cuchitril y su alma. ¡Qué triste era el tal cuarto! Las arañas, tejiendo su tela en los rinconcillos obscuros, junto al techo, le hacían sentir una emoción de abandono, y suspirando, pensaba que siempre faltó allí la mano graciosa de la mujer, el espíritu diligente que embellece lo feo y emboza lo pobre con ese donaire tan propio de su condición y sexo. Tan abstraído hallábase en su soliloquio, que no percibió los discretos golpecillos que sonaban en la puerta.

—Eugenio, Eugenio.... ¡Qué demonios! ¿Estás dormido ó no quieres abrirme?

—¿Quién es?

—¡Con un diablo! Estoy que no puedo tenerme en pie... ¡Abreme!

Y el poeta, bañado el rostro por la luz parpadeante de la vela, entró con paso inseguro y dirigióse al lecho, no despegando los labios hasta quedar panza arriba, cruzados con beatitud los brazos.

—¿Sabes?—dijo mascullando la colilla del puro que traía—. Ha sido la gran comilona. Dos duros por cubierto... Y para rematar, ya borrachos, el redactor de un periódico clerical nos ha llevado... ¿Adónde nos llevó?... ¡Ah! A casa de unas chiquillas muy sandungueras, y muy... Bueno. Tú ya me comprendes. A casa de unas prestamistas de encantos... ¡Vaya dos preciosidades! Nos han sacado hasta el último centavo...

Luego, revolviéndose y fumando, como si intentara reunir sus recuerdos, murmuró con voz estropajosa:

—¡Cáscaras, cáscaras, cáscaras!... ¡Bonita juerga! ¡Ay, ay, ay!... Si yo te confesara... Tenía un cutis... mira, como esta vela de blanco... Y unas caderas... Y unas medias caladas...

Linares, que paseaba pensativo de un lado á otro del tabuco, paróse de pronto.

—Pero, hombre, ¿para qué me estás contando esas cosas?... ¡De humor estoy yo para oirte!

¡Claro! Ya sabía él con lo que iba á salir. Habíase tornado santurrón indecente. ¿Y todo por qué? Por quedar bien con una marisabidilla. ¡Como si no le conociera! ¿Cuántas habían corrido juntos? Y á continuación desatóse en denuestos en contra del amor ideal. No señor; el amor ideal no existía. Considerábalo como locura romántica. El único, el verdadero amor, el grande amor humano era el carnal, la comunión de los cuerpos. Y si no, allí estaba el maestro Schopenhauer que lo decía: «El amor es la atracción de los sexos.»

—No te fíes, amigo Linares... Aunque lleves dentro esa porquería de idealismo, no tardará en morderte la hidra de la carne...

Adormilado, repetía sus frases. Lentamente, el sueño le invadía; y Linares, apoyado de espaldas en la mesa, pensó vagamente en aquella dicha tan cacareada. No; Antoñita no le inspiraba tan brutal amor; no era el deseo el que á ella le unía. Bastábale la contemplación

de los claros ojos, de las guedejas sedosas, de los labios paliduchos que daban paso á las frases sencillas, adorables de inocencia, reflejo de un amor, aspiración suprema de una vida. La hidra, la hidra... ¡Si estaría borracho el tal Urízar! Y el poeta, cual si adivinase sus pensamientos, repetía, cuando más embriagado de ideal sentíase Eugenio:

—Necedades... Romanticismos...

Viendo que su amigo dormitaba, Linares echóse de codos sobre la mesa. Distraía su insomnio mirando temblequear la llama de la bujía, que ora parecía morir, irradiando en torno resplandores debiles, ora se reanimaba, luciendo azulados y amarillentos tonos. Tenue melancolía infiltrábase en sus pensamientos. Ante la luz temblorosa, reflexionaba en la partida, en la ausencia, en aquella separación que en el silencio de la noche antojábasele pesadilla. Con mano trémula, hubo de trazar sobre el papel, que brillaba al fulgor de la flama, renglones y renglones. Ella los leería más tarde, en la salita. Escritas llevaba dos carillas; pero, al releerlas, advirtió que carecían de sentido. Cuando semejantes á las níveas palomas que revoloteaban alrededor de la bujía, los menudos pedazos de papel de la misiva esparciéronse por el cuarto, Eugenio Linares volvió á caer en su meditación de antes. Transcurrido un instante, vió un librejo pequeño, propiedad del pesimista vate, que de días atrás andaba rodando por la mesa. Cogiólo de mala gana, por matar el tiempo. Por sus cantos mugrientos, colegíase que era uno de aquellos volúmenes devorados por las turbas, que del estante de palo rosa van á dar á los anaqueles de los libreros de viejo.

Abriólo al azar y leyó:

«Primero es un albor trémulo y vago,
raya de inquieta luz que corta el mar;
luego chispea y crece y se dilata
en ardiente explosión de claridad.
»La brilladora luz es la alegría,
la temerosa sombra es el pesar:
¡ay! en la obscura noche de mi alma,
¿cuándo amanecerá?»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

Ahogando un suspiro, volvióse hacia la puerta. Ni un rayo de luz. En el patio, los gatos, ahitos de mutua posesión, habían callado. Muy lejano, escuchó el canto de un gallo. Halagaba sus sonidos suavemente, debilitado por la distancia y por el aire. Después, otros cantos respondían á aquel, hasta tocar su turno á *Matasiete*, la alada de bestia de doña Manuela, que pasaba sus noches en el marco del ventanuco. Sonoro bostezo le sorprendió: era que Urízar daba tregua á su largo sueño, desperezándose ruidosamente, á pesar de los lastimeros ayes de la vetusta cama.

—¿Qué tal? ¿has dormido bastante?

El poeta le observó con sus hinchados ojos, hurgándose los párpados.

—Tú no te irás, muchacho.

—¿Qué estás diciendo?

Incorporóse sobre el lecho, mesándose la alborotada melena.

—Tú no te irás... Tú... no... te... irás...—añadía, abriendo una bocaza tamaña.

—¡Los vapores aun no se te disipan, hombre!

Arsenio hizo un gesto desdeñoso. En seguida, tornando á acostarse, gruñó:

—¡Ah! la incredulidad humana... No te irás porque ya tienes empleo... Conti... Yo se lo dije á Conti... Don Mauricio Orvañonos, no... Orvañanos te dará...

Linares habíase levantado, acercándose con presteza á la cama. Descubríanse en su cara enjuta la duda y la esperanza. Sin embargo, no pudo oir más, porque su amigo, reanudando el interrumpido sueño, mascullaba las últimas palabras.

—¡Arsenio, Arsenio!... ¡Dime!... ¡Despierta!...

Le zarandeó de lo lindo. Ni por esas. Urízar era una piedra.

—¡Por favor, Arsenio!...—suplicaba, inclinándose.

—Con mil diablos, déjame dormir... Orvañanos, Orvañanos te necesita...

Y ahogando un estruendoso bostezo, hundió el rostro en la almohada.

Linares quedóse en pie, extático, funcido el ceño.

Por las rendijas de la carcomida puerta, deslizábanse hilillos de luz lívida, que se desvanecían en la semiobscuridad del cuarto. Sobre la mesa agonizaba la vela, dejando caer á lo largo de la botella chorros de parafina líquida.

Amanecía.

VI

Tornaba doña Manuela de la tienda de la esquina, con los vivarachos ojuelos fijos en tierra, cuando, al entrar en el patio, divisó á Estéfana que, encorvada, con la mugrienta cesta al brazo, descendía de la escalera con paso mesurado, cual si honda preocupación y fatiga la conmoviesen. Detúvose, y sonriente, mostrando las negras encías desdentadas, esperó la llegada de la doméstica.

—¡Eh, querida Estéfana! ¿por qué tan tristona? Si tiene usté cara de inquina, hija...

La cocinera, habituada á las dulces reconvenciones de su excelente amiga, alzó hacia ella los ojos hundidos, murmurando:

—Para jolgorios está una con estas perrerías que le suceden, doña Manuela.

La vieja hizo un gesto de fingido azoro. ¡Por María Santísima de los Remedios! ¿Pasaría algo allá arriba que ella ignorase? No; estaba cierta de que no. Mas, por si acaso, dispúsose á escudriñar el alma sencillota y buenaza de su interlocutora.

—¿Pero qué le puede suceder á usté, mi buena amiga? Si no cambiaría su vida por otra de ricos. En aquella santa casa todo es paz.

—¡Así se le figura á usté!

No, no; Estéfana se equivocaba. Creía de buena fe que la felicidad reinante en casa de la familia Fernández, no podía trocarse por la mejor entre las mejores. Y si no, allí estaba ella, pasándola como Dios se lo daba á entender: por la mañana, su taza de café con un bizcocho; á mediodía, la sopa de fideos y el cocido, hechos